

AGENDA CIUDADANA

INTERPRETANDO LAS INTERPRETACIONES DEL NEOZAPATISMO

Lorenzo Meyer

El Color del Cristal.- El décimo aniversario de la violenta e inesperada irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en la vida política mexicana e internacional ha dado pie a interpretaciones del fenómeno que en muchos casos dice más sobre los intérpretes –su visión del mundo y la política y sus intereses de clase y de grupo— que sobre lo supuestamente interpretado.

La decisión de un numeroso grupo de indígenas chiapanecos, con participación de una minoría mestiza, de declarar la guerra al gobierno de Carlos Salinas justo cuando se consideraba *demodé* la política revolucionaria, dio y sigue dando pié a reacciones muy encontradas dentro de la clase política, los círculos académicos e intelectuales y en la sociedad en general. Los colores de los cristales a través de los cuales se ha visto al EZLN en México han resultado ser los de un calidoscopio, y quizá ahí está una de las causas de la incapacidad o imposibilidad del Estado mexicano para diseñar una solución efectiva a un problema de raíz histórica tan honda como penosa, pues finalmente nadie puede negar que lo que aún sobrevive de las comunidades indígenas lo ha hecho en condiciones de injusta desventaja económica, política, social y cultural.

Las Visiones Originales.- Hoy sabemos que al menos desde 1992 el gobierno tenía información de la existencia del EZLN, pero que el presidente Salinas consideró que su proyecto político personal requería no darse por enterado –no reconocer el desafío— e intentar enfrentarlo con gran discreción. Cuando finalmente los acontecimientos tomaron otro curso, el presidente se dijo sorprendido y en un ataque de falta de imaginación –él, que en otros momentos la tenía en exceso-- acusó a los inoportunos rebeldes de estar movidos por intereses extranjeros. Sin embargo, pronto abandonó esa interpretación para poder declarar un alto al fuego y proceder a negociar con los

“transgresores de la ley”. Desde el salinismo y desde el PRI se interpretó al EZLN como un movimiento absurdo, anacrónico, reaccionario, pues su izquierdismo trasnochado ponía obstáculos a la magnífica obra de modernización diseñada por Carlos Salinas, el verdadero revolucionario. Fidel Velázquez, por ejemplo, no aceptó ninguna razón de ser del EZLN y, sin más, exigió “su exterminio”. La Secretaría de Gobernación culpó de la rebeldía indígena a un grupo de religiosos y de “autodenominados catequistas”.

Washington, que desde 1993 tenía noticias del neozapatismo, estaba inmerso en el disfrute de su asombrosa victoria sobre la URSS y el comunismo. Como Estados Unidos aún no tenía que enfrentar al terrorismo islámico, y estaba dominado por el optimismo propio de quienes insistían en haber arribado al “fin de la historia” --el triunfo definitivo de la democracia y el mercado--, optó por observar y dejar que México resolviera por sí mismo un problema que era más social que político. Pese a las declaraciones del EZLN contra el Tratado de Libre de Comercio de la América del Norte (TLCAN), la Casa Blanca no vio en ello una amenaza a sus intereses nacionales.

Desde el ala izquierda de la clase política mexicana no fue fácil ni automático aceptar en sus términos a una insurgencia que había dejado de lado el discurso marxista en favor de otro donde se hablaba de injusticia, explotación y lucha entre poseedores y desposeídos, pero donde no había una clara teoría de la historia y sí, en cambio, una mezcla de desenfado, visiones propias del mundo indígena y comunitario y toques de religiosidad. Parte de la izquierda vio con recelo, desdén e irritación el desafío que le presentaba lo que, efectivamente, era una izquierda poscomunista y posmoderna. Evidentemente, otra parte de esa corriente terminó por no regatearle apoyo al EZLN pero su relación no fue tersa ni fácil.

La Iglesia Católica --un factor creciente de poder-- reaccionó con apoyo gremial al obispo de San Cristóbal, don Samuel Ruiz, cuando éste fue atacado por el gobierno

por sus simpatías con la movilización indígena, pero de ninguna manera se sumó a la visión del obispo y de los sacerdotes de su diócesis --en particular los dominicos--, que hacia tiempo habían optado por los pobres. En realidad, fue la Iglesia Católica de Chiapas la que primero se unió a la organización de los indígenas chiapanecos para ayudar a defender sus intereses y reforzar su autoestima e identidad. Sin embargo, el grueso de esa iglesia --la dominante--, muy comprometida con Salinas, se mostró conservadora e insensible frente al drama social chiapaneco.

Donde muy rápido se aceptó al neo zapatismo en sus propios términos, fue en una parte significativa de los medios de comunicación nacionales e internacionales. Durante la “guerra sucia” en Guerrero en los años sesenta y setenta, esa prensa casi no reportó ni se hizo presente en las zonas de conflicto, y con su silencio encubrió la brutal represión gubernamental de las comunidades campesinas e indígenas. En contraste, en 1994, reporteros mexicanos y corresponsales extranjeros --en particular europeos-- se presentaron de inmediato en el teatro de los hechos y empezaron a publicar los comunicados rebeldes, a describir las duras condiciones de las comunidades chiapanecas y a difundir imágenes de unos indígenas mal armados enfrentados a un ejército profesional. Esa prensa y las recién creadas organizaciones no gubernamentales (ONG) defensoras de los derechos humanos, impidieron que el ejército actuara en Chiapas como lo había hecho en Guerrero. Sin la carga ideológica del anticomunismo, buena parte de la prensa y las ONG tuvieron libertad para interpretar sin problema lo que veían: comunidades indígenas miserables en rebelión contra un sistema de dominación autoritario, premoderno, discriminador, explotador y notablemente corrupto.

Finalmente, capas importantes de la sociedad urbana --esas que ya habían participado en la “insurrección electoral” del 88--, exigieron de manera resuelta una solución no violenta al desafío lanzado por los indígenas. Estos sectores interpretaron la

rebeldía como una reacción legítima de aquellos que teóricamente se aceptaban como el origen histórico del pueblo mexicano pero que, en la práctica, habían sido colocados al margen del proyecto nacional. Como lo afirmara entonces el subcomandante Marcos, se podía cuestionar el camino tomado por el EZLN pero no sus causas.

Bajo el gobierno que sucedió al de Salinas, la interpretación del EZLN más reveladora corrió por cuenta de un tecnócrata: Ángel Gurría, quien buscó restar seriedad a los rebeldes al definirlos como una “guerrilla de internet”. Sin pretenderlo, Gurría hizo una interpretación justa: el EZLN derrotó políticamente al gobierno gracias al soberbio manejo del internet, que permitió al subcomandante Marcos comunicar instantáneamente sus puntos de vista no sólo a México sino al resto del mundo. Fue ese el corazón de la ofensiva política del EZLN que neutralizó las armas del ejército.

En la Actualidad.- Tras diez años del levantamiento, lo más notable del fenómeno es su persistencia, la incapacidad de los gobiernos del viejo y del nuevo régimen para resolver el desafío que significa la existencia de un grupo armado en Chiapas, pero también las dificultades del zapatismo para hacer avanzar su proyecto.

Al inicio, el presidente Fox se mostró dispuesto y confiado en negociar con éxito la solución del problema heredado. En contra de la posición de varios de sus asesores, Fox relajó el control militar en Chiapas, logró la liberación de rebeldes prisioneros y, sobre todo, no obstaculizó la gran marcha a la Ciudad de México de una delegación zapatista encabezada por el subcomandante Marcos, a inicios del 2001. El objetivo era presentar directamente su posición al Congreso en torno al tema de la autonomía indígena. La marcha resultó una auténtica movilización social en favor del zapatismo y de una autonomía que incluyera derechos sobre tierras y recursos naturales. Sin embargo, el presidente no hizo nada por impedir que las fuerzas más reaccionarias del PRI y del PAN aprobaran una legislación que quitaba la esencia de un proyecto que ya

había sido objeto de un acuerdo firmado en San Andrés Larrainzar en febrero de 1996. Se perdió entonces la gran oportunidad histórica de hacer coincidir la democratización de México con un nuevo trato a las comunidades indígenas.

Las interpretaciones actuales del EZLN se pueden dividir, al menos en dos grupos y que no necesariamente corresponden a la izquierda y la derecha. Por un lado están las que ponen el acento en lo negativo: a) el “Estado de Derecho” está permanentemente vulnerado por la persistencia de un grupo armado en el sureste, b) tras diez años de acción abierta del nuevo zapatismo, la situación material de las comunidades indígenas chiapanecas no ha cambiado de manera sustantiva y, en algunos casos, está peor, c) el “dogmatismo”, protagonismo y autoritarismo del subcomandante Marcos ha llevado a rechazar la posibilidad de “hacer política” democrática, es decir, negociar con un gobierno legítimo cambios parciales pero positivos. La consecuencia es que las comunidades zapatistas, pobres en extremo, se mantienen sin recibir ayuda del gobierno, que la presencia del ejército en Chiapas sea agobiante y que los conflictos intra e intercomunitarios entre zapatistas y no zapatistas (en particular priístas), estén a la orden del día por la posesión de tierras, control del transporte colectivo, “impuestos de guerra”, construcción de caminos, control de la educación, etcétera.

La otra visión parte de reconocer el gran aporte del zapatismo a la democratización mexicana al haber obligado a Salinas a llevar a cabo la reforma electoral de 1994, origen de la liberalización del sistema autoritario. No niega el deterioro de las ya de por sí muy pobres condiciones de vida de las bases zapatistas, pero pone el acento en un cambio fundamental: la recuperación o construcción de la autoestima y la dignidad de la sociedad indígena. Ligado a lo anterior, está el hecho de que pese a su pobreza y a la negativa de los partidos dominantes en el Legislativo federal —partidos muy desprestigiados a nivel nacional— de darles una autonomía real, las

comunidades rebeldes chiapanecas tomaron la iniciativa y ya están construyendo su autonomía y tomando decisiones por sí y ante sí.

El mejor ejemplo es la construcción de las Juntas de Buen Gobierno bajo el supuesto de que si las instituciones políticas vigentes son incapaces de resolver las demandas de la sociedad, entonces es deber y derecho de esa sociedad el afrontarlas. En otras palabras, con más voluntad que recursos, los zapatistas están asumiendo su soberanía y están modificando su entorno institucional y la estructura de su economía. Esto último se refiere, sobre todo, a la reforma agraria —esa que el salinismo dio por concluida— que de hecho ha llevado y sigue llevando a cabo el zapatismo a costa de los ganaderos. Desde luego que esta interpretación reconoce que el gobierno estatal encabezado por Pablo Salazar Mendiguchía se ha comportado con enorme sabiduría y prudencia y ha buscado evitar o diluir los momentos de confrontación con los rebeldes, por ejemplo, indemnizando a los expropiados.

¿Qué Hacer?- No es hoy la primera vez que un grupo indígena sublevado ha intentado dar forma a un gobierno y a un ejército propios, al margen y en contra de las estructuras estatales vigentes. Eso fue lo que hicieron los mayas rebeldes de Yucatán y la nación Yaqui en Sonora en el siglo XIX o los zapatistas originales entre 1914 y 1915. Ahora bien, pero en todos esos casos el desenlace fue desastroso, pues los gobiernos nacionales de entonces junto a una buena parte de la sociedad, simplemente se negaron a entender las razones de los insurgentes y vieron en la autonomía un reto inaceptable a la autoridad, a la unidad de la nación, al siempre invocado pero nunca existente “Estado de derecho” y a la cultura dominante.

En el México actual, lo deseable es encontrar una solución completamente distinta a las del pasado, una que no sea unilateral. No va a ser fácil diseñarla, para ello es necesario primero superar el empantanamiento y conflicto interno de la clase política

a nivel nacional y luego contar con una dosis mínima de voluntad, sentido de la historia, sentido común, imaginación, decencia e inteligencia en las dos partes en conflicto. Conjuntar todos esos elementos aún va a tomar tiempo, pero por el bien de las comunidades indígenas chiapanecas y de México, esperemos que no sea no mucho.